

Infancias palestinas: resistencias vivas entre la muerte, el olvido y la ocupación

*Sergio O. Navarro Montalvo**

*Diana Núñez García***

Resumen

El presente trabajo realiza un recorrido histórico del conflicto de guerra Israel-Palestina con el propósito de analizar su impacto en la subjetividad de niños, niñas y adolescentes. Mediante una revisión documental, se examina cómo la violencia estructural y la necropolítica inciden en sus vidas cotidianas, al tiempo que se identifican prácticas recreativas, lúdicas y comunitarias que operan como formas de resistencia activa. Estas manifestaciones no sólo permiten la afirmación de la vida frente al exterminio, sino que también fortalecen el tejido comunitario y la identidad colectiva. Estas estrategias constituyen expresiones políticas que reivindican el derecho a la existencia, a la memoria y a la agencia en contextos de ocupación y despojo. En este sentido, se destaca el papel de las infancias y adolescencias en la producción de resistencias cotidianas que subvierten las lógicas de opresión impuestas por la ocupación israelí.

Palabras clave: conflicto Israel-Palestina, genocidio, resistencias, violencia estructural, infancias y adolescencias.

* Psicólogo investigador miembro del Programa Infancia del Departamento de Educación y Comunicación, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. Correo electrónico: [sergionavar74@gmail.com] / ORCID: [0009-0007-6606-0726].

** Psicóloga e investigadora en Coordinación del Área de Psicología Clínica de la Facultad de Psicología de la UNAM. Correo electrónico: [diana06nunezg@gmail.com] / ORCID: [0009-0007-2742-1322].

Abstract

This paper makes a historical review of the Israel-Palestine war conflict with the purpose of analyzing its impact on the subjectivity of children and adolescents. From a critical perspective, it examines how structural violence and necropolitics affect their daily lives, while identifying recreational, playful and community practices that operate as forms of active resistance. These manifestations not only allow the affirmation of life in the face of extermination, but also strengthen the community fabric and collective identity. These strategies constitute political expressions that vindicate the right to existence, memory and agency in contexts of occupation and dispossession. In this sense, the role of children and adolescents in the production of daily resistances that subvert the logics of oppression imposed by the Israeli occupation is highlighted.

Keywords: Israel-Palestine conflict, genocide, resistances, structural violence, childhood and adolescence.

*Escribe mi nombre en mi pierna, mamá,
y por favor escribe tu nombre y el nombre de papá
en tus piernas también para que nos recuerden como una familia.*

*Escribe mi nombre en mi pierna, mamá,
no agregues ningún número como cuando nací
o la dirección de nuestra casa;
no quiero que el mundo me incluya como un número,
tengo un nombre y no soy un número.*

*Escribe mi nombre en mi pierna, mamá.
Cuando la bomba golpee nuestra casa,
cuando las paredes aplasten nuestros cráneos y huesos,
nuestras piernas contarán nuestra historia,
cómo no teníamos dónde huir.*

ZEINA AZZAM

Introducción

Desde el 7 de octubre de 2023, con el inicio de la más reciente ofensiva militar de Israel sobre la Franja de Gaza, la vida cotidiana de la población palestina ha sido violentada de forma sistemática. En este escenario de aparente guerra prolongada, las niñas, niños y adolescentes han sido arrasados por una violencia que excede lo imaginable.

Según la Oficina de la ONU para los Derechos Humanos (ACNUDH, 2025), desde ese mes, más de 53 000 personas palestinas han sido asesinadas en Gaza —en su mayoría mujeres, niñas, niños y adolescentes— y más de 120 000 han resultado heridas, como consecuencia directa de los métodos y medios utilizados por el ejército israelí. Estas acciones han devastado casi por completo la infraestructura civil de la región, destruyendo hogares, hospitales, escuelas y otros espacios esenciales para la supervivencia. El mismo informe señala que, en 2024, 8 de cada 10 niñas y niños muertos en conflictos armados a nivel mundial se encontraban en Gaza y, al menos 17 000 han quedado huérfanos o separados de sus familias. A esto se suma un alarmante incremento de la violencia contra la niñez en sus propios entornos familiares y comunitarios, así como el aumento del trabajo infantil en condiciones extremadamente peligrosas, como la recolección de chatarra o el contacto con restos explosivos de guerra (ACNUDH, 2025).

El análisis que aquí se presenta se construyó a partir de un método documental, basado en la revisión de artículos académicos, informes institucionales, materiales audiovisuales, que incluyen producciones culturales y expresivos que han permitido reconstruir, desde distintas fuentes, la magnitud del impacto sobre la niñez palestina y las transformaciones sociales derivadas del conflicto. Este enfoque posibilita comprender el fenómeno desde una mirada amplia, crítica y situada, a partir de los registros producidos por organismos internacionales, investigadoras e investigadores, y periodistas en terreno.

En este contexto, preguntarse por el cuidado, la vida y la posibilidad de lo común parece urgente, pero también profundamente

político. ¿Cómo se reinventan las formas del afecto, del vínculo y la esperanza en un territorio donde la muerte se ha vuelto cotidiana? ¿Qué significa hablar de alegría o de potencia colectiva cuando lo que predomina es el hambre, el miedo y el silencio impuesto por la fuerza?

Violencia estructural y negación de derechos a las infancias y adolescencias

Desde octubre de 2023, con el inicio del conflicto Israel-Palestina, se han desencadenado una serie de condiciones atroces que transgreden la integridad del pueblo palestino y la aplicación fiel de los instrumentos jurídicos internacionales. Esto consterna el valor intrínseco de la vida humana y cuestiona los cimientos de los derechos humanos, develando la voluble polaridad de las prácticas corrosivas que ejerce un Estado para alcanzar sus propios intereses. Para realizar un análisis más detallado determinamos que, el concepto de *guerra*, utilizado indiscriminadamente para definir la situación que vive el pueblo palestino, ha sido montado como una nube gris e incierta sobre un fenómeno mucho más complejo. En ese sentido, consideramos fundamental recuperar otras narrativas donde podamos problematizar el concepto de *genocidio* y la *intención genocida*, adentrándonos en una red de prácticas, intereses e intenciones altamente planificadas.

Durante el 7 de octubre de 2023, combatientes de Hamás desplegaron cohetes hacia el sur del Estado de Israel, arremetieron contra objetivos civiles y militares llevando a cabo homicidios y abusos. Como respuesta a dichas acciones, Israel lanza su ofensiva militar como represalia, dirigiendo ataques con grandes armas explosivas por cielo y tierra, lo que generó daños masivos en el pueblo palestino de manera indiscriminada (Amnistía Internacional, 2024). Los actos presentados desde ambas partes constituyen crímenes de guerra que violan el derecho internacional humanitario. Sin embargo, esta narrativa ha sido adoptada para justificar todas las acciones consecuen-

tes, normalizando la violencia sistemática y el exterminio contra el pueblo palestino bajo la noción de un aparente escenario de guerra.

Visto de esta forma, Israel ha plantado una idea de “defensa frente a la guerra” mientras ha devastado barrios y ciudades enteras, terrenos agrícolas, centros religiosos y culturales con el objetivo de orillar a la población palestina a situaciones de desplazamiento forzado, lo cual les obliga a vivir en espacios de refugio inhabitables sin los suministros básicos para la subsistencia donde experimentan condiciones de muerte lenta (Amnistía Internacional, 2024). Con este sádico escenario, Israel ha conseguido colapsar los sistemas de abastecimiento de agua, electricidad, saneamiento y salud, ejerciendo control sobre Palestina, particularmente sobre sus formas de vida y muerte.

En relación con la idea anterior, la *intención genocida*, la cual ha sido compleja de determinar para los organismos del derecho internacional, se encuentra contextualizada dentro de un panorama colonial, de expansión territorial y erradicación de la vida palestina. El pueblo palestino ha encarnado violencias desde una política de tierra quemada, lo que conlleva a la destrucción calculada de Gaza. Un ejemplo son los ataques indiferenciados a niñas, niños y adolescentes, donde yacían agonizantes bajo los escombros atrapados en la destrucción de su propio pueblo (Albanese, 2024). Israel continúa creando condiciones de desplazamiento hacia escenarios decadentes; escombros por doquier, escasez de alimentos, uso de aguas residuales, cuerpos en descomposición y la continuación de ataques sistemáticos con el objetivo de destruir a una población, dando cuenta de sus intenciones genocidas.

Por tanto, la erradicación de un grupo no sólo se da a través de sus integrantes, sino por la intención de destruir sus tradiciones, su historia, la relación con su comunidad y con la tierra. La destrucción de cualquiera de estos elementos afecta en su salud individual y social. Por ejemplo, las condiciones de desplazamiento forzado dan lugar a la desconexión con la tierra, lo que incide en el plano físico y psicológico empeorando la salud y la esperanza de vida del grupo, pues constituye un elemento esencial de su identidad y de sus raíces culturales. Esto debe considerarse un indicio significativo de inten-

ciones particulares, no esporádicas, que están orientadas a que el grupo no pueda reconstruirse nuevamente. La degradación de la salud del pueblo palestino constituye una técnica de genocidio por desgaste, al experimentar nuevos escenarios de sufrimiento y de desplazamiento forzado, se agrava su trauma heredado como supervivientes de la Nakba (Albanese, 2024).

Para el 6 de mayo de 2024, el ejército israelí continuó con operaciones terrestres en Rafah, conscientes de que allí se refugiaban más de un millón de personas que sufrieron desplazamiento forzado por las órdenes de evacuación emitidas por Israel. Teniendo en cuenta el panorama catastrófico, fuerzas israelíes devastaron el paso fronterizo en Gaza, cerrando la conexión vital que había con Egipto. Para el 7 de octubre de 2024, se habían registrado en el territorio palestino al menos 42 000 muertes y 97 590 personas heridas (Amnistía Internacional, 2024). El derecho internacional humanitario determina que los Estados en conflicto pueden delimitar zonas de seguridad para la protección de civiles, siendo Rafah el cuerpo central para la ayuda humanitaria en ese momento. No obstante, Israel atacó la zona violentamente, como si ejecutara el plan por excelencia de conformación de campos de concentración para violar de la manera más cínica el derecho internacional humanitario.

El cruel panorama rompe directamente con lo estipulado en los convenios de Ginebra, en especial el relativo a la protección debida a las personas civiles, convenio que Israel ratificó teniendo la obligación de respetarlo. Desde Amnistía Internacional (2024) se ha investigado que Israel, lejos de cumplir con sus obligaciones, ha intensificado sus llamamientos hacia la devastación del pueblo palestino. Ha creado una fuerte campaña de odio contra Palestina, ha bombardeado civiles de manera indiscriminada y se ha justificado bajo discursos de engaño. Esto se muestra en los fragmentos discursivos del presidente israelí, quien afirma que “es toda una nación la responsable. No es cierta esa retórica de que los civiles no son conscientes ni participan” (Amnistía Internacional, 2024: 7). La narrativa devela la profunda declaración de muerte indiscriminada hacia el pueblo palestino, legitimando el exterminio, el racismo y la colonización.

Amnistía Internacional (2024) menciona que Palestina enfrenta uno de los mayores índices de pérdidas recientes en el mundo, especialmente para niñas, niños y adolescentes. Se desconoce el número real de muertes causadas por el genocidio, alertando sobre el incremento de las víctimas una vez que se realicen estudios más detallados. Es de extrañar el abandono de la sensibilidad frente a situaciones inhumanas, la escasa compasión y el arrebató de vidas en pleno brote. El exterminio de niñas, niños y adolescentes sólo prueba el borrado sistemático y violento que estruja sus necesidades más esenciales y les asfixia hasta el deceso como un acto irreparable de impunidad inhumana.

De acuerdo con datos de Unicef (2025), durante la propagación del genocidio y hasta la actualidad, el Estado israelí ha asesinado más de 15 000 niñas y niños, además de generar condiciones de desplazamiento donde, cerca de un millón de ellos, atraviesan situaciones de violencia, insalubridad y el nulo acceso a servicios básicos. Debido a la barrera impuesta por Israel para cortar suministros e impedir la ayuda humanitaria, ha provocando las muertes de niñas, niños y adolescentes por inanición, enfermedades y problemas graves de salud. Francesca Albanese (2025a) refiere que Israel, a través de Meko-rot, dejó a la ciudad de Gaza sin acceso al agua el 95% del tiempo durante los primeros meses posteriores al inicio del conflicto, ha borrado los sistemas alimentarios y continúa manteniendo prácticas ancestrales de control, explotación y supresión colonial. De esta manera, Israel logra inducir a una muerte lenta, dolorosa y altamente evitable, al mismo tiempo que anula un repertorio de derechos humanos de manera perversa y progresiva a las infancias y adolescencias palestinas.

Roberto Manero y Raúl Villamil (2003) abordan cómo la implantación de un modelo de desarrollo mundial produce diversas formas de violencia, miedo y terror, siendo la guerra el escenario predilecto para mostrar la devastación del poder. El desarrollo mundial no sólo se da en términos de relaciones entre países, la cooperación, el intercambio de mercancías o tecnologías, sino que pone en escena el ejercicio del poder para desvanecer al sujeto y con él a su comunidad,

a su etnia o su origen. Presenciamos entonces la innegable potencia de los Estados que, disfrazados con narrativas de desarrollo, producen desmedidamente armas grotescas para ejecutar el horror sobre vidas consideradas reemplazables, las cuales sufren explotación en múltiples ocasiones como el medio para un fin, incluso si eso conlleva a sus muertes. Las relaciones que mantienen los Estados con Israel son a base del detrimento de la humanidad, pactos históricos de complicidad y la construcción de una apología del genocidio.

Hasta el momento, Colombia, Belice, Nicaragua y Bolivia han sido los únicos países en suspender relaciones diplomáticas con Israel. A pesar de ello, la lista de países que financian el genocidio a través de sus relaciones se extiende como prueba sustancial de un crimen internacional. Estados Unidos es el mayor importador de armas israelíes, así como Israel ha sido su principal receptor de financiamiento militar. La estrecha relación se ha intensificado después del 7 de octubre de 2023, brindándose apoyo diplomático, político y militar, principalmente de Estados Unidos hacia Israel. Del mismo modo, Alemania representó el segundo lugar en exportación de armas a Israel donde, a través de su programa de cazas, ha involucrado al menos a otros 18 Estados (Albanese, 2025b). De esta manera se configura una amplia red de complicidad donde terceros Estados lucran con el exterminio de niñas, niños y adolescentes en el territorio palestino ocupado.

Siguiendo esta misma línea, no podemos desestimar las miles de muertes que han dejado los conflictos de guerra históricamente. Aunado a las redes sociales o los medios de comunicación, se genera una gran conmoción por la propaganda de muerte, donde transmiten un doloroso mensaje a partir de los destrozos del cuerpo, conformado principalmente por niñas, niños y adolescentes (Manero y Villamil, 2003). Cabe la inquietud sobre cómo hemos llegado a un estado que no concibe el costo humanitario de las vidas arrebatadas, consideradas fútiles monedas de intercambio para cumplir con intereses políticos y económicos de Estados hegemónicos. La interminable lista de crímenes de lesa humanidad se extiende hacia Israel como presencia de su deuda histórica, trazando diversas líneas que enmarcan el irreparable genocidio.

La violencia estructural, la ocupación, el genocidio y las violaciones subsidiarias de derechos humanos no son acciones aisladas, hasta cierto punto, son resultado de una red de relaciones con Estados y entidades corporativas que sostienen la exterminación de un pueblo desprotegido. Si el genocidio no ha cesado, es porque es rentable y retribuable para las empresas que mantienen relaciones con Israel, generándoles extensas ganancias a base del exterminio (Albanese, 2025a). No existen acciones que impidan a las empresas eximirse de sus actos, por el contrario, facilitan a Israel recursos como gas, petróleo, combustible y armamento para propiciar condiciones de vida calculadas y la anexión del territorio palestino.

En este escenario de devastación, es igualmente necesario considerar cómo la configuración global actual ha producido amplios contingentes de población clasificados como prescindibles. Tal como señala William Robinson (2024), las transformaciones económicas asociadas al neoliberalismo han profundizado el empobrecimiento y el desplazamiento de millones, configurando sujetos que los Estados gestionan mediante dispositivos de control cada vez más coercitivos. Palestina constituye la manifestación extrema de esta lógica: cuando una población impide o deja de ser funcional para los intereses del capital y del poder hegemónico, es relegada a un estatuto de desechabilidad, quedando expuesta a mecanismos que oscilan entre el confinamiento sistemático y la aniquilación abierta.

Por consiguiente, Palestina ha sido convertida en el campo de exterminio ideal para fabricantes y comerciantes de armas; al probarlas en un terreno con nula supervisión y ninguna sanción, comprueban su efectividad como armas que funcionan en combate (Albanese, 2025a). Palestina es operada como la incubadora por excelencia de condiciones de vida atroces donde experimentar la tecnología militar sin repercusión. De este modo, la práctica lucrativa del genocidio permite que Israel incremente sus ganancias a base de la sangre derramada de civiles inocentes, de miles de niñas, niños y adolescentes, sosteniendo inversiones por crímenes internacionales a través de una economía del genocidio.

Francesca Albanese (2024) refiere que, para abonar al análisis de la intención genocida, se deben reconocer las distintas conductas de un Estado y contextualizar la problemática. No se analizan las acciones o actores de manera aislada, sino desde su estrecha relación. En ese sentido, los ataques sistemáticos contra civiles, sean por aire, tierra o contra la soberanía alimentaria, no son, desentendidamente, una serie de numerosos delitos comunes. El genocidio representa mayor complejidad, no puede ni debe reducirse a un acto de matanza en masa o de guerra, esta última entendida como un acto de violencia organizada que utiliza la fuerza militar y la disposición política para atender disputas entre Estados. Sin embargo, el genocidio es un crimen intencionado con prácticas complejas con el fin de eliminar a un grupo, lo que conlleva a otro tipo de reflexiones y condiciones. El contexto sociopolítico, aunado al contexto histórico de Palestina, son fundamentales para determinar la intención genocida de Israel, pues genera condiciones planificadas para la destrucción del espíritu y de las ganas de vivir.

Esta atmósfera asfixiante nos interpela ante la falta de políticas verdaderamente comprometidas con el sentido de la vida, especialmente aquella vida que recién emerge y no se le ofrece la oportunidad de *ser vivida*. Existen claras insuficiencias en el sistema de justicia internacional al momento de identificar y sancionar el genocidio. Desafortunadamente, en el tiempo en que la comunidad internacional decide cómo nombrar a la barbarie, miles de personas, de familias, de niñas, niños y adolescentes desprotegidos, continúan siendo asesinados y convertidos en producto por la voraz máquina de destrucción de Israel, mostrando que la complicidad y las relaciones diplomáticas, políticas y económicas también producen grandes pérdidas en la humanidad.

Habremos de cuestionar nuestras categorías de análisis para proponer estrategias tangibles ante escenarios particularmente adversos, repensar los mecanismos de acción con los que contamos y de qué manera responden al llamado genuino de la vida. Es tan complejo imaginarlo como materializarlo, sin embargo, las vidas de niñas, niños y adolescentes, que emergen desde otras lógicas y sentidos, no deberían ser consumadas bajo el interés globalizado de las políticas

del terror como un imperativo para la reproducción de su muerte. Continúan grandes desafíos para sensibilizarnos, cuestionar y generar formas que rescaten el devenir de la vida. Por el contrario, de qué manera podríamos hablar de una verdadera política de la alegría, cuando contemplamos en vivo y en directo una masacre que reafirma las políticas de exterminio, ejecutadas por Estados hegemónicos que ejercen el poder y la violencia indiferenciadamente bajo un escenario de fuertes injusticias.

Infancias palestinas como objetivo de exterminio

La necropolítica, término desarrollado por Achille Mbembe en 2003, se refiere a la forma de poder que no sólo controla la vida, sino que también decide quién debe morir y cómo (Barreñada, 2024). Más allá del biopoder foucaultiano —que regula la vida—, la necropolítica ejerce un poder que administra la muerte de manera sistemática, especialmente en contextos coloniales y neocoloniales, como el caso de Palestina. Mbembe describe este necropoder como la capacidad de imponer condiciones que convierten a grupos enteros en “muertos vivos”, sometidos a violencia política constante, exclusión y esclavización.

En el contexto palestino, la necropolítica se ejerce con particular brutalidad sobre las niñas, niños y adolescentes, quienes enfrentan un doble ataque: por un lado, la violencia bélica directa —bombardeos, ataques con drones, destrucción de infraestructuras civiles— y, por otro, la violencia estructural derivada de un bloqueo territorial que supera los 15 años. Esta combinación convierte a las infancias en víctimas y objetos de una política de exterminio simbólico y físico. Barreñada (2024) señala que el necropoder no sólo actúa en el plano de la muerte corporal, sino también como un “daño permanente”: una agresión continua que priva a las infancias y adolescencias de vivir una vida digna, segura y plena.

Este “daño permanente” se refleja en las severas limitaciones para acceder a la salud, la educación, el alimento y espacios seguros para el

juego y el desarrollo. Los niños, niñas y adolescentes que logran sobrevivir lo hacen bajo el peso del trauma constante, la precariedad y la pérdida reiterada de sus entornos familiares y comunitarios, de tal forma que son situadas en un estado permanente de vulnerabilidad, con su soberanía negada, y sus derechos básicos suspendidos como parte de una estrategia de dominación y control (Barreñada, 2024).

En panoramas caóticos e inciertos, como son los conflictos de guerra, las niñas, niños y adolescentes son las principales víctimas, pues son considerados objetivos estratégicos de exterminio por representar la fuerza y potencia organizativa del devenir político de la insurgencia. Lo que buscan estos conflictos, de modo voraz, es el exterminio desde la raíz de aquello que brinde continuidad a la resistencia del pueblo. Es decir, niñas, niños y adolescentes son considerados como parte del enemigo a vencer (Rico, 2016). De esta manera, el genocidio se ha implantado como una manera de pulverizar no sólo la vida presente, sino también la genealogía misma de sus vidas y las posibilidades de cimentar un futuro para el pueblo palestino.

La necropolítica hacia las infancias y adolescencias palestinas también se traduce en la destrucción sistemática de sus símbolos de vida: escuelas bombardeadas, hospitales reducidos a escombros, y el desplazamiento forzado de miles de familias que pierden sus hogares. La criminalización y estigmatización internacional, a menudo en el marco del discurso antiterrorista, legitiman estas acciones y perpetúan la invisibilización del sufrimiento infantil. En este sentido, la necropolítica no sólo es muerte física, sino también la imposición de una muerte social y política que anula la capacidad de agencia y resistencia de las infancias y adolescencias.

El genocidio tiene impactos desmesurados en el desarrollo de las infancias y adolescencias, trastoca en sus ritmos de vida, en sus relaciones humanas, genera situaciones extremas de estrés y permea en sus formas de ver la vida, son experiencias que tienen un impacto importante en la construcción de sus subjetividades (Rico, 2016). Presenciamos desde la virtualidad cómo la situación no termina en la devastación de los límites físicos, sino que se instaura en la psique

y experiencia subjetiva de las infancias y adolescencias. El genocidio por sí mismo constituye una de las formas más atroces de concebir a los sujetos, desde una visión utilitaria, deshumanizada y desechable que les somete a múltiples tratos crueles y violentos. Son experiencias que transfiguran el entramado social y político, experiencias que articulan y fracturan el universo subjetivo de las niñas, niños y adolescentes, pues viven profundos actos de violencia que impactan y atraviesan su *ser*.

Siguiendo con la línea de Angélica Rico (2016), las infancias y adolescencias en conflictos de guerra no se permiten concebir un futuro, el atroz escenario les impide cuestionarse lo que querrán ser de adultos y dudan que esta idea pueda consumarse. Ante tal pérdida, los lazos sociales, el acompañamiento y el fortalecimiento del tejido social juegan una función significativa para la producción política, social y cultural de los pueblos. No obstante, cómo lograr un mayor fortalecimiento de la comunidad palestina, cuando se encuentra en medio del borrado de su existencia, al lado de su exterminador y de frente a toda una comunidad internacional entumecida. De este modo, se vuelve un panorama potencialmente incierto y desalentador donde se muestran descaradamente las caras de la colonización y racialización.

En diálogo con la noción de necropolítica, Bustelo (2007) señala que la biopolítica moderna tiene una faceta particularmente oscura y silenciada: el poder directo sobre la vida entendido como negación o expansión de la muerte, especialmente visible en la mortandad de niñas, niños y adolescentes. Propone llamar “forma superior de biopolítica” a aquella que se ejerce sobre las nuevas generaciones, donde existe una figura que denomina “*niño sacer*”. Este concepto, tomado del derecho romano, refiere a un sujeto que, aunque es el inicio de la vida, puede ser eliminado impunemente. El *niño sacer* es “insacristificable”, es decir, no puede ser sacrificado en rituales pero, al mismo tiempo, puede ser asesinado sin que su muerte tenga consecuencias legales o sociales.

Bustelo (2007) denuncia que miles de niños, niñas y adolescentes en el mundo, víctimas del hambre, la enfermedad, la guerra o la exclu-

sión, se convierten en *niños sacer*, sujetos desechables cuya muerte permanece invisibilizada y sin responsables. Esta forma de poder recuerda que, desde el derecho romano, la vida infantil ha estado subordinada a la potestad absoluta del padre, quien podía dar vida o muerte. De este modo, la muerte de las infancias no sólo es un hecho biológico, sino un acto político profundamente enraizado en estructuras de dominación que permiten eliminar vidas sin rendición de cuentas.

En el contexto del conflicto de Palestina, esta condición de “*niño sacer*” encuentra su máxima expresión: las niñeces y juventudes palestinas son sistemáticamente despojadas de su derecho a la vida, convertidas en víctimas de un necropoder que no sólo amenaza sus cuerpos, sino que también invisibiliza su muerte y perpetúa su condición de desechables en un conflicto marcado por la violencia estatal y la negación constante de su humanidad.

Ser niño en Palestina es habitar uno de los 19 campos de refugiados y vivir bajo un régimen de apartheid, impuesto por Israel desde 1967, en su propia tierra. Es abrazar la libertad como bandera y horizonte bajo la vigilancia de los puestos de control y el muro ilegal. Es no poder circular para asistir a la escuela. Es nacer en los puestos de control militares y estar sometidos a constantes violaciones del derecho internacional. Ser niño es trabajar en familia para cosechar frutos que serán robados, es crecer en la tierra donde cementan el agua para que mueran de sed y los recursos naturales son saqueados. Ser niño en Gaza es sumar a los juegos el cuidado de heridos por bombardeos y habitar ruinas, imaginando palacios. Ser niño en Palestina supone vivir discriminado, bajo leyes racistas como la Ley del Estado Nación Judío, sin posibilidad de reagrupación familiar ni ciudadanía. Ser niño en Palestina es luchar contra la indiferencia de un mundo que elige borrar su historia, para alinearse detrás del capital (Kaniuka, 2023: párrs. 7-9).

Podemos ver cada uno de los cuerpos de niñas y niños tiritando por los estruendos y estragos irreparables del monstruoso genocidio, ver cada infancia que ha sido víctima de la amputación de algún miembro, el estado de miedo patológico inducido, las heridas mor-

tales sin tratamiento oportuno, los cuerpos incinerados, tiroteados y aplastados bajo los escombros. Esto puede ser incisivo, visceral y desagradable de digerir, pero no se compara, ni por poco, a las situaciones de borrado social y violencia atroz que han vivido y continúan viviendo las infancias y adolescencias en el cementerio a cielo abierto que es Palestina. El cuerpo de niñas, niños y adolescentes está siendo masacrado de múltiples formas, mutilado, abrasado, bombardeado. Estas son las realidades que encarnan. El cuerpo, entonces, es visto desde su exterminio y fácil deshecho, se traza como materia sin voluntad, se le objetiviza, es producto de los confines de lo inanimado y víctima del perverso deseo de la erradicación.

La resistencia como potencia subjetiva para la reafirmación de la vida

En medio de la violencia estructural, emergen formas de resistencia vital que desafían la necropolítica. Las niñas, niños y adolescentes palestinos, junto con sus familias y comunidades, insisten en afirmar su humanidad y su derecho a existir a través de prácticas cotidianas de cuidado, educación y creación cultural. A esto se suma la resistencia que nace de sus voces, denuncias y cuestionamientos frente a la ocupación, el exilio y la violencia. Estas resistencias vitales no sólo cuestionan la lógica de la muerte impuesta, sino que también reafirman la potencia de la vida y la esperanza como actos políticos profundos (Barreñada, 2024).

La denuncia y la crítica como formas de resistencia

Rico (2024) enfatiza que la violencia contra la infancia y adolescencia palestina debe entenderse como parte de un proyecto neocolonial que no sólo busca el control territorial, sino también la eliminación sistemática del pueblo palestino. En Gaza y Cisjordania, esta forma de colonialismo de asentamiento se expresa a través de bombardeos

indiscriminados, destrucción de la cultura e historia local, desplazamiento forzado y apropiación de recursos naturales como el gas en la costa. En este contexto, la muerte de niñas, niños y adolescentes no es un accidente, sino una estrategia deliberada que apunta a borrar toda posibilidad de futuro.

Sin embargo, tal como subraya la misma autora, las infancias y adolescencias palestinas no sólo conocen la violencia, sino que también encarnan formas profundamente humanas de resistencia, esperanza y utopía. A través de la memoria intergeneracional, la pedagogía de la resistencia y su participación histórica en procesos como las Intifadas de 1987, 2000 y 2017, han contribuido activamente a la construcción de una identidad colectiva que desafía la opresión. Un ejemplo emblemático es el de Faris Odeh, un joven de 15 años que se convirtió en símbolo de la resistencia palestina tras ser fotografiado lanzando una piedra contra un tanque Merkava durante la Segunda Intifada. La fotografía 1, tomada el 29 de octubre del año 2000 en la Franja de Gaza por Laurent Rebours, capturó su valentía antes de ser asesinado diez días después.

Además, estas formas de resistencia no se limitan al plano físico o simbólico, sino que también se expresan mediante la denuncia directa, el cuestionamiento y la crítica a los sistemas de opresión. Las niñas, niños y adolescentes palestinos interpelan al mundo adulto, al orden político global y a las estructuras autoritarias desde una voz situada en la experiencia del horror, pero también desde la fuerza de la imaginación política. Tal como plantean Manero y Villamil (2003), las infancias y adolescencias cuestionan el mundo en que les tocó vivir y sus incomprensibles lógicas, pues están instaladas “en lo inusitado, en la sorpresa, en lo que nos toma en la conmoción afectiva cuando nosotros todo lo queremos razonar” (2003: 210).

En palabras de Ahmad Zeidan, adolescente palestino desplazado, se evidencia esta crítica directa al orden que permite y perpetúa la violencia:

Perdí a mi madre, y mi madre hoy es una heroína por la comida que quería llevar a sus hijos para alimentarlos. Quería alimentar a su familia,

aunque sólo fuera con un trozo de pan, un trozo de pan y sal. Sin embargo, la ocupación la golpeó.

Y los estadounidenses te dicen: déjenos la seguridad a nosotros. ¡No tuvimos ni un minuto de seguridad! Nuestra comida está manchada de sangre, porque mi madre fue a traernos una caja de ayuda que no vale ni 100 shekels (Ahmad Zeidan, adolescente palestino desplazado).¹

Fotografía 1. La emblemática imagen de Faris Odeh arrojando una piedra a un tanque de las Fuerzas de Defensa de Israel en la Franja de Gaza, el 29 de octubre de 2000. Odeh fue asesinado 10 días después de que se tomara esta imagen



Fuente: Laurent Rebours, tomado de [<https://medium.com/@thewildcraftway/remembering-faris-odeh-a-david-among-goliaths-427bfa9ad41a>].

Desde esa sensibilidad radical, emergen cuestionamientos como potentes formas de resistencia discursiva y ética. Estas interrogantes, difundidas a través de redes sociales y medios alternativos, representan

¹ Historia recopilada de A]Plus en español, medio de difusión en redes sociales [Instagram] que ha visibilizado el conflicto Israel-Palestina y el genocidio.

una reflexión lacerante que el mundo adulto, desde sus lógicas adultocéntricas, prefiere evadir. No obstante, constituyen una denuncia viva que cuestiona el sentido ético de las estructuras que producen la barbarie. Como afirman Manero y Villamil (2003), este devenir de cuestionamiento está atravesado por su dinámica social y subjetividad, formulándose escenarios que interpelan la violencia estructural, la marginación y el exterminio.

Finalmente, ser niña o niño en Palestina no significa únicamente estar expuesto a la violencia, sino también habitar un lugar de fuerza, ternura y dignidad. Como lo expresa Kaniuka (2023):

Pero ser niño, ser niña en Palestina es también haber crecido con la fuerza de quienes empujan hasta hacer crecer ese verano invencible en el pecho, con la firmeza y la dulzura de los que, sin necesitar demasiado, se pintan con la fuerza de la lucha y la rebeldía, otro cielo donde lo que desparra el viento no son cohetes, misiles y balas, sino los colores de su identidad hecha bandera. Ser niño en Palestina es festejar cumpleaños entre escombros que fueron hogar, es correr el sentido del miedo, y desafiarlo hasta convivir con él y domesticarlo y convertirlo en una mascota para abrazar con sus seres queridos, con la conciencia de los que aprendieron que cada segundo puede ser el último (Kaniuka, 2023: párrs. 9-10).

El juego y las experiencias estéticas como subjetivación política

El juego es una actividad única en el desarrollo del ser humano, es inherente a la condición de ser niña, niño o adolescente y se relaciona profundamente con el arte, lo sagrado y la belleza. Es un elemento fundamental para la constitución del *ser*, pues representa un espacio de libertad y un círculo mágico que nos envuelve en la construcción de otros mundos (Corona *et al.*, 2005). El juego tiene múltiples beneficios para el desarrollo: regula estados emocionales, permite liberar el estrés y posibilita el disfrute de condiciones alegres y enérgicas. Sin embargo, su estudio se remite a los confines de

nuestra historia como un fenómeno que influye en la realidad social y cultural. Esto demuestra sus profundos alcances en la vida de los sujetos como parte importante en la constitución de la subjetividad y de los procesos de significación que les atraviesan.

La vida de niñas, niños y adolescentes palestinos, a pesar de estar atravesada por la violencia estructural y el despojo cotidiano, se re-define a través del juego, las risas y los sueños. En conjunto con sus redes de apoyo, construyen futuros posibles como alternativa a las experiencias del horror. Aunque no habitan vidas dentro de los parámetros normatípicos, pues enfrentan la desigualdad, marginación y colonización, son capaces de imaginar propuestas que buscan revertir la naturalización de la violencia. Esta potencia transformadora se refleja en los espacios que crean para jugar, expresarse y desarrollarse, contrarrestando así la política del terror militar, la cual ha tomado sus territorios, pero no ha logrado apagar la llama que aviva sus corazones (Rico, 2016).

Un ejemplo visual de esta potencia subjetiva puede observarse en la fotografía 2 de un grupo de niños jugando en un columpio improvisado con llantas, dentro de un campamento de personas desplazadas. En medio de un contexto marcado por el despojo y la violencia sistemática, las infancias palestinas reapropian el espacio con sus cuerpos, sus risas y su imaginación. Esta escena da cuenta de cómo, incluso en territorios atravesados por el genocidio, niñas y niños insisten en vivir con dignidad, creando mundos posibles desde el juego. Más que una simple actividad recreativa, el acto de columpiarse se convierte en una afirmación vital, un gesto subjetivo que desafía el borramiento al transformar el presente en una experiencia de libertad, movimiento y deseo.

La esperanza se visualiza entonces en la capacidad para jugar, de entregarse al juego y *jugarse en él*. Proceso donde niñas, niños y adolescentes muestran lo contextual de sus vínculos y la recreación de otros mundos a partir de sus acciones, desde su visión y lo que consideran importante. De este modo, hablamos de la configuración del entramado intersubjetivo posibilitado a través de las expresiones lúdicas que reafirman la existencia como acto creador (Sáinz, 2017).

Siendo así, el juego representa un importante espacio de intercambio y relación donde los significantes se incorporan de manera dinámica, generando un proceso continuo en la producción y construcción de subjetividades.

Fotografía 2. Niños palestinos juegan en un columpio entre las tiendas de campaña de desplazados en el campamento de Khan Yunis, en el sur de la Franja de Gaza, el 28 de octubre de 2024



Fuente: Saher Alghorra. Tomado de [<https://www.instagram.com/p/DBrZIB9tZRR/>].

Estas prácticas cotidianas de resistencia, lejos de constituirse como gestos aislados, se articulan como expresiones contundentes de agencia subjetiva. Incluso en contextos genocidas, niñas, niños y adolescentes no son receptores pasivos de la violencia, sino agentes activos en la construcción de sentido y dignidad. Como señalan Veronese *et al.* (2020) en su investigación con infancias y adolescencias palestinas en el campo de refugiados de Dheisheh, esta resistencia se manifiesta como una afirmación persistente de la vida en condiciones profundamente deshumanizantes. Desde ahí, las infancias reclaman los espacios marcados por la ocupación como territorios de

pertenencia y memoria, convirtiéndolos en escenarios de resistencia individual y colectiva.

De esta forma, la acción de habitar y transformar el entorno, ya sea mediante el juego, el arte, la socialización o el simple acto de permanecer, constituye un modo radical de existencia frente al intento sistemático de borramiento. Lejos de resignarse, las infancias y adolescencias reconfiguran su cotidianidad mediante formas creativas de afirmación vital, apoyándose en redes familiares, comunitarias y espirituales. A pesar de los intentos constantes por borrar su identidad, insisten en mantener vivas sus prácticas culturales: cantan, bailan, representan obras con títeres, incluso entre escombros, y convierten la cultura en una trinchera simbólica frente al exterminio (Rico, 2024).

Fotografía 3. Niñas palestinas desplazadas juegan dentro de la destruida Universidad Islámica, donde la gente ha buscado refugio temporal en la ciudad de Gaza, el 2 de abril de 2025



Fuente: Majdi Fathi. Tomado de [https://www.instagram.com/p/DH8imHkI_HZ/].

Bajo las experiencias que viven niñas, niños y adolescentes en el contexto palestino, el juego se instaura como una herramienta poderosa para hacer frente a los grandes desafíos impuestos por el exterminio. No sólo representaría fuerza para afrontar la vida, sino la potencia de no sucumbir ante la muerte. La erradicación, como parte de su cotidianidad, les coloca en un panorama donde se vuelve complejo reafirmar la vida. Francesc Sáinz (2017) menciona que, en experiencias extremas de la pérdida de libertad, es difícil que las personas mantengan su espíritu creador. Este espíritu creador —o sentir creativo— permite tomar la propia vida y resistir al borramiento, aun viviendo en medio de situaciones de sufrimiento. Es decir, la capacidad creativa se expresa, en gran medida, como la capacidad para sentirse vivo, como potencia que da continuidad a la vida y afirma su existencia.

Asimismo, el juego adquiere múltiples sentidos: no sólo es una fuente de placer, sino también una forma de observar el mundo, de generar modos creativos y flexibles de afrontar problemáticas complejas. A través de él se intercambian experiencias de alegría que fortalecen los vínculos comunitarios y contagian esperanza. Desde esta perspectiva, el juego representa un vehículo mediante el cual niñas, niños y adolescentes pueden reinventarse a sí mismos, trastocar las dimensiones temporales de su realidad y construir mundos posibles en medio del caos (Corona, 2013). En esta línea, el juego también se erige como una forma de resistencia subjetiva, pues les permite enfrentar hostilidades, externar emociones y transformar el presente en nuevas formas de ser imaginado.

En particular, el juego simbólico condensa experiencias cotidianas, incorporando significados culturales y vínculos intergeneracionales que lo constituyen como una institución social en la vida de las infancias. De esta manera, permite que niñas, niños y adolescentes tomen conciencia de sus relaciones a través de experiencias emocionales placenteras (Corona, 2013). Así, el juego no sólo plantea el presente, sino también el devenir de lo deseable; es punto de partida, meta y horizonte. Es decir, se convierte en una apuesta por seguir construyendo *sobre la marcha*, aun en contextos profundamente adversos.

Rico (2024) señala que los juegos infantiles se transforman en espacios simbólicos de resistencia, donde niñas y niños dramatizan escenas de su realidad, por ejemplo, representando a paramédicos o mártires, como mecanismos de afrontamiento y elaboración emocional ante el horror cotidiano. Lejos de ser una simple imitación, estas representaciones reflejan una conciencia crítica de su entorno.

En este sentido, una imagen que evidencia el lugar del juego en la construcción de subjetividad es la de un grupo de niños palestinos “jugando a los funerales” (fotografía 4). En la escena, uno de ellos yace en una tabla cubierto por la bandera palestina, mientras los demás lo cargan en silencio imitando los rituales fúnebres que han presenciado repetidamente. Este tipo de juego no sólo refleja una interiorización profunda de la violencia, sino también la capacidad de las infancias para simbolizar lo indecible, tramitar el dolor colectivo y resignificar la muerte desde su mundo psíquico.

Fotografía 4. Niños y niñas en Gaza juegan a los funerales, imitando el ritual de despedida



Fuente: Mvsnoticias [<https://www.instagram.com/p/sB6iOoKT5z/>].

Las representaciones que expresan niñas, niños y adolescentes a través del juego son posibles por la capacidad simbólica y resultado de los contextos que enfrentan. Niñas y niños jugando a los funerales o a ser paramédicos son algunos ejemplos de lo que Corona (*et al.*, 2005) llamaría *un paracosmos*. En éste, al ser espacio de representación y del orden de lo extraordinario, el sujeto puede darse a la tarea de jugar a ser otro, de representar a otro ser. Lo actúa como a él le gustaría, entrando en un campo distinto y viviendo experiencias que lo llenen de sentido. No obstante, habría que ahondar en sus experiencias e historias de vida para comprender de qué manera se significan estas expresiones lúdicas en la conformación de sus subjetividades. La particular magia del juego se teje al momento en que permite el placer estético, la fantasía, la libertad y la creatividad.

El juego como paracosmos, retomando a Corona *et al.* (2005), no sólo se plantea en los ejemplos anteriores, sino que representa una forma en que distintas experiencias son atravesadas. Más aún, es una forma de representar el complejo fenómeno que significa el juego en sus distintas expresiones. Por lo tanto, el juego puede entenderse como un espacio social, cultural, abierto, cerrado, vivo, relacional, incierto, de placer, fantasía y creatividad. Representa también un espacio transitorio, temporal, infinito, una dimensión paralela, un pasaje de la realidad a la fantasía, un espacio para resistir, donde las angustias pueden ser sosegadas, la tensión liberada y el alma remendada.

Por su parte, Veronese *et al.* (2020) identifican diversas fuentes holísticas de resiliencia, como el apoyo familiar, la educación, la religión, el activismo político y la recreación, que conforman un entramado de cuidado que sostiene el bienestar psicológico y emocional de estas infancias. Incluso la espiritualidad, reflejada por ejemplo en la representación frecuente de mezquitas en sus dibujos, opera como una fuente de resistencia simbólica, reafirmando una identidad colectiva que se niega a ser silenciada.

Así, niñas, niños y adolescentes palestinos no sólo sobreviven a la violencia: la enfrentan, la interpelan y la desafían activamente desde sus propios lenguajes, prácticas y vínculos. Resistir, en este caso, no es sólo

oponerse a la muerte, es insistir en vivir con dignidad. Por otra parte, también es posible observar cómo las experiencias estéticas, como el canto, el baile o el dibujo, constituyen formas de resistencia simbólica.

Fotografía 5. La profesora palestina de violín Sama Najm da lecciones de música a los niños en los refugios de Gaza



Fuente: ClassicFm [<https://n9.cl/czhzv>].

Por medio de estas prácticas, niñas y niños logran expresar su dolor, sostener su identidad colectiva y denunciar la violencia que atraviesan. Tal como lo evidencia el siguiente fragmento de canción del joven Hassan Alaa Ayyad, de 14 años: “Quien no puede ver a través del tamiz, que Gaza está muriendo, está cegado por ojos estadounidenses. Con los aviones de guerra hemos probado el sabor de la muerte, una invasión de tierra y mar” (Hassan Alaa Ayyad, 14 años).²

² Fragmento de canción recuperado de las redes sociales de AJPlus en español [ajplus-espanol]. Una canción vinculada a la invasión de Beirut por Israel en 1982 que adaptaron

Estas expresiones no deben entenderse como simples manifestaciones culturales, sino como lenguajes de resistencia que permiten tramitar el dolor, generar vínculos comunitarios y reapropiarse del relato. En la escritura, el canto y la música, niñas, niños y adolescentes elaboran el trauma, resignifican su experiencia y enuncian su verdad desde sus propios códigos. Son narradores activos de su historia, capaces de convertir lo estético en un campo de batalla simbólico donde se disputa la memoria, la dignidad y el futuro.

Este escrito y su abordaje intenta reflejar la enorme valentía de las niñas, niños y adolescentes palestinos. Reconocer que, aun en condiciones complejas, bajo ninguna circunstancia han sido doblegados, sino que continúan construyendo, jugando, riendo e imaginando. Atesoramos el valor, el coraje y la resistencia que han expresado como fiel condición de la subjetivación política de sus vidas. Este escrito pretende documentar su sensibilidad, sus sueños, indignaciones, preocupaciones y esperanzas, siendo el retrato de cómo los juegos, las risas y la belleza combaten de frente al genocidio y al exterminio. Da cuenta de cómo una piedra lanzada puede más que un tanque de guerra. De cómo la apreciación por la vida puede más que las prácticas de borrado social. A través de su incansable ser, de su esperanza y lucha, las infancias y adolescencias posibilitan otros mundos diversos que desconocemos. Su manera de avivar la existencia crea escenarios de resistencia profunda y reapropiación de la vida. Las políticas de la alegría representan entonces, momentos de esperanza, relación, resignificación, lucha, vitalidad, expresión, creación y apreciación de la belleza aun en sus más efímeras manifestaciones. Éstas no se construyen específicamente en espacios institucionales, en el diseño de políticas o la implementación de un protocolo de derechos humanos, sino que son formas de organización, de estrecha relación y conciencia colectiva, son realidades, encuentros, sentires, diálogos y manifestaciones del contexto político, social y cultural

para describir Gaza. El adolescente Hassan Alaa comenzó a cantar previo al conflicto de guerra con su padre. A través de sus canciones, oponía resistencia ante la ofensiva militar de Israel, inspirando a otros y generando sonrisas. Tiempo después fue asesinado por un ataque aéreo israelí sobre un campamento en Nuseirat.

que viven las niñas, niños y adolescentes. En resumen, son la esencia de la existencia, aquello que brinda sentidos de vida aun en condiciones adversas, construyendo nuevos escenarios sobre los cuales sea ligero caminar.

Reflexiones finales

Este trabajo nace desde una urgencia ética y política: la de visibilizar las miles de vidas que día con día son arrebatadas por la ocupación y la violencia sistemática en Palestina. Niñas, niños y adolescentes, cuya existencia está marcada por el genocidio, el desplazamiento, la pérdida y el miedo, pero también por una fuerza de resistencia que interpela al mundo entero. No son únicamente víctimas de un genocidio impuesto desde intereses geopolíticos; son protagonistas que se levantan, se articulan colectivamente y que convierten su dolor en lucha, en memoria viva y en afirmación de su dignidad. Cada muerte silenciada, cada rostro reducido a estadística, revela la complicidad de gobiernos, medios y sociedades que eligen mirar hacia otro lado. Este trabajo busca confrontar ese silencio, nombrar a quienes han sido deliberadamente olvidados e insistir en que sus sueños truncados son heridas abiertas en la conciencia colectiva. Porque no son daños colaterales: son vidas con nombre, con historia, con sueños que continúan siendo sistemáticamente despojados.

Las profundas reflexiones y retos a enfrentar nos dejan con un agudo y duradero sentimiento, así como un compromiso a no ser militantes del silencio y el olvido. Los contextos que hemos analizado y presenciado a través de la voluble virtualidad, reflejan prácticas que demuestran la atrocidad humana en todos sus sentidos. De este modo, debemos cuestionar las formas de acción global aunadas a las estructuras dominantes y violentas que determinan el tiempo y el valor de la vida. Estas dinámicas establecidas desde la hegemonía y el ejercicio del poder traspasan las lógicas de lo humano, lo ético y lo intrínseco de la vida. Rompen con todo esquema de la utópica concepción de la emancipación, la paz y la esperanza que aún aviva

en nuestros corazones. Hacer un análisis dentro de las lógicas del terror implica cuestionar las estructuras y violencias, pero también aquello que nos vuelve humanos. Desmontar estos conceptos sería ahondar en un trabajo mucho más exhaustivo que escapa a este escrito. De otro modo, los cuestionamientos no se consuman aquí y podemos extenderlos en otros momentos y espacios. Nuestro interés entonces, además de dejar algunas semillas para el devenir del cuestionamiento y la reflexión, es poder interpelar, resistir, visibilizar y repensar aquellas problemáticas del mundo que nos consumen en su nicho de sufrimiento. Este texto, a pesar de estar enmarcado en el contexto palestino, extiende su inquietud hacia las trágicas problemáticas globales que se viven en Sudán, Haití, el Congo y todos aquellos países atravesados por la violencia armada, sistemática y la invisibilidad del sistema internacional.

De este modo, nos cuestionamos las responsabilidades de un mundo que ha dejado, una vez más, a las infancias y adolescencias en situaciones de abandono social. Actualmente, a pesar de que existe una visión de los derechos de niñas y niños, las problemáticas estructurales les convierten en sus principales objetos de lucro. En el panorama internacional, cómo podríamos entonces hablar de una verdadera concepción e interiorización de un enfoque de derechos de la niñez, de manera específica, de qué manera se significan las infancias y adolescencias en los contextos globales, políticos, económicos y sociales que enfrentan. Cuál es el sentido que atribuimos a sus vidas, cuando les encontramos encarnando el infierno, su aniquilación y el deambulo sin tregua. Lo expuesto es una invitación a la sensibilidad, considerando que las niñas, niños y adolescentes, dondequiera que enfrenten situaciones adversas, permanecerán en vela de generosidad, respeto y humanidad. En escenarios de temor y alegría, de hastío y sosiego, de muerte y esperanza, se dan procesos fundamentales en la construcción de subjetividades de las niñas, niños y adolescentes; se producen interrelaciones, experiencias y valores dentro de escenarios complejos que, en mayor o menor medida, constituirán una parte significativa de sus vidas. De este modo, necesitamos de miradas que transformen sus situaciones, que

diversifiquen las formas de crear humanidad, que difuminen el avasallante ejercicio del poder y, principalmente, que puedan responder a la esencia, ternura y alegría de las infancias y adolescencias.

La resistencia de las infancias y adolescencias palestinas es profunda, compleja y persistente. No responde sólo al instinto de supervivencia, sino que se manifiesta como una práctica activa de lucha por la vida que se expresa en lo cotidiano; en el acto de jugar entre escombros, en la persistencia de narrar la historia propia aunque todo a su alrededor busque silenciarla. Las infancias y adolescencias palestinas han transformado el dolor en conciencia, la pérdida en organización y el despojo en lucha. En ellas habita una potencia política que interpela incluso a quienes, desde otras geografías, creemos que la infancia debe ser sinónimo de protección, no de sobrevivencia.

La crudeza de los datos, la magnitud de la devastación y el carácter sistemático de las violencias nos obligan a repensar qué significa hablar de derechos humanos cuando miles de vidas son utilizadas como campo de exterminio. No basta con indignarnos; este escrito es, entonces, una respuesta frente a esa violencia, pero también un acto de posicionamiento, es una invitación a no apartar la mirada y reconocernos en la lucha por las niñas, niños y adolescentes palestinos que, aún bajo el asedio, siguen levantando la voz, construyendo comunidad y resistiendo con una fuerza que interpela profundamente nuestras propias formas de habitar el mundo. Escrito desde el otro extremo del mundo, desde una apuesta por la justicia social, busca sumar a las voces que se niegan a olvidar. Porque la memoria es también resistencia, y nombrar a quienes han sido callados es un modo de interrumpir la lógica de muerte que se impone.

Este trabajo concluye retomando la voz de Rahab, una niña palestina de diez años, habitante del campo de refugiados de Deir al-Balah. Rahab perdió a su madre y a su hermana a causa del genocidio. Sin embargo, ha encontrado en la poesía una forma de transformar su dolor, resistir al olvido y afirmar la vida desde su propia voz:

*Esta es la voz de la niña de Palestina que llama a mi pueblo,
la voz del pájaro herido, y aquí estoy gritando con toda mi voz,
a los que están cerca y a los que están lejos, a todos los amantes
de la vida y de la belleza.*

*Quiero, oh, Dios, vivir en paz,
y jugar, correr, ver la alegría.
Este es mi sueño, esta es mi esperanza...*
(RAHAB, 10 años)³

Referencias

- Albanese, Francesca (2024), *El genocidio como supresión colonial (A/79/384)*, Naciones Unidas, Consejo de Derechos Humanos, [<https://documents.un.org/doc/undoc/gen/n24/279/71/pdf/n2427971.pdf>].
- Albanese, Francesca (2025a), *De la economía de ocupación a la economía de genocidio (A/HRC/59/23)*, Naciones Unidas, Consejo de Derechos Humanos, [<https://docs.un.org/es/A/HRC/59/23>].
- Albanese, Francesca (2025b), *Gaza Genocide: A Collective Crime (A/80/492)*, Advance Unedited Version, United Nations, [<https://www.ohchr.org/sites/default/files/documents/hrbodies/hr-council/coiopt/a-80-492-advance-unedited-version.pdf>].
- Amnistía Internacional (2024), “*Es como si fuéramos seres infrahumanos*”, *El Genocidio de Israel contra la Población Palestina de Gaza*, Reino Unido, [<https://www.amnistia.pt/wp-content/uploads/2024/12/Spanish-Executive-Summary.pdf>].
- Barreñada Bajo, Isaías (2024), *Necroayuda en Palestina. Una lectura crítica del papel de la cooperación internacional en un escenario de colonización*, XVII Congreso Internacional Asociación Latinoamericana de Estudios de África y Asia 2021, Quito.

³ Poema recopilado de Pro Terra Sancta, red que promueve la ayuda en emergencias humanitarias, disponible en [<https://www.proterrasancta.org/es/news/voz-de-la-nina-de-palestina>].

- Bustelo, Eduardo (2007), *El recreo de la infancia. Argumentos para otro comienzo*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Corona, Yolanda (2013), “El rescate del juego: nuestra responsabilidad colectiva hacia la infancia”, *Anuario de Investigación 2015*, UAM-Xochimilco, CSH, México.
- Corona, Yolanda, Morfín, María y Quinteros, Graciela (2005), “El juego como un *círculo mágico: en busca de su forma de ser*”, en Yolanda Corona y Norma del Río (coords.), *Antología del diplomado Derechos de la infancia. Infancia en riesgo*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México.
- Kaniuka, Martina (2023), “La niñez en Palestina: resistencia e identidad”, *Pelota de Trapo*, 13 de octubre, [<https://pelotadetrapo.org.ar/la-ninez-en-palestina-resistencia-e-identidad/>].
- Manero, Roberto y Villamil, Raúl (2003), “Infancia y terror en la vida cotidiana”, *Tramas*, núm. 20, pp. 207-219.
- Mbembe, Achille (2003), “Necropolitics”, *Public Culture*, vol. 15, núm. 1, pp. 11-40.
- Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ACNUDH) (2025), *Increased Protection of Human Rights in The Occupied Palestinian Territory, Funding Appeal*, [<https://www.ohchr.org/en/publications/appeals/increased-protection-human-rights-occupied-palestinian-territory-funding>].
- Rico, Angélica (2016), “Narrativas de violencia y resistencia de las infancias zapatistas: educación autónoma y contrainsurgencia en Chiapas”, *Argumentos. Estudios Críticos de la Sociedad*, núm. 81, pp. 13-35.
- Rico, Angélica (2024), “Guerras genocidas *vs.* pueblos en resistencia. La no-existencia de la infancia, de Chiapas a Gaza”, *Sociedad e Infancias*, vol. 8, núm. 2, pp. 275-286, [<http://dx.doi.org/10.5209/soci.97541>].
- Robinson, William (2024), “Gaza: el exterminio capitalista ante la crisis”, *La Jornada*, 12 de agosto, [<https://www.jornada.com.mx/2024/08/12/opinion/016a2pol>].
- Sáinz, Francesc (2017), *Winnicott y la perspectiva relacional en el psicoanálisis*, Herder (Col. Salud Mental), Barcelona.

Unicef (2025), “Según consta, al menos 322 niños y niñas han muerto en la Franja de Gaza desde la ruptura del alto al fuego”, *Comunicado de prensa*, 1º de abril, NuevaYork/Ammán, [<https://www.unicef.org/es/comunicados-prensa/segun-consta-322-ninos-han-muerto-gaza-desde-ruptura-alto-fuego>].

Veronese, Guido, Sousa, Cindy, Cavazzoni, Federica y Shoman, Hala (2020), “Spatial Agency as a Source of Resistance and Resilience Among Palestinian Children Living in Dheisheh Refugee Camp, Palestine”, *Health & Place*, vol. 62, marzo, [<https://doi.org/10.1016/j.healthplace.2020.102304>].

Fecha de recepción: 15/06/25

Fecha de aceptación: 11/11/25

DOI: 10.24275/tramas/uamx/20256439-70